

Pontificia Universidad Javeriana
Línea de investigación dolor y afectividad
Grupo de trabajo: Filosofía del Dolor
Estudiante: Óscar Eduardo Cortés Ruiz
14 de septiembre de 2020

La sexualidad desde la experiencia

Para el psicoanálisis existen dos grandes motores de la vida que se manifiestan en forma pulsional: La sexualidad y la muerte. Se podría afirmar que, si bien existen otros impulsos que motivan al hombre, son estas dos líneas las que condensan en gran medida el motor de la vida anímica del hombre, por lo que gran parte de sus obras, afectos y pensamientos pueden remitirse a eros o tánatos. Si bien es clara la distancia que marca Von Weizsacker con respecto al psicoanálisis, es innegable cómo esta disciplina representa un punto de partida, por lo que la investigación sobre la muerte y la sexualidad siguen siendo fundamentales para los intereses del autor. Es así como en el inicio de su apartado enciclopédico sobre la sexualidad, Von Weizsacker hace una alusión al padre del psicoanálisis, y le agradece por una decisión que, para el autor de la patosofía, marcará una línea fundamental en su investigación, a saber, la diferenciación entre amor y sexualidad, y el interés particular por esta última.

Así pues, en el presente trabajo se abordará el acercamiento que hace Von Weizsacker al concepto de la sexualidad, en la que se podrá ver algunos de los aspectos que han resaltado en su investigación hasta el momento, como su preocupación por lo patológico, el papel que juega el lenguaje en el conocimiento, las distintas formas en las que la experiencia determina la forma de acercarse a los conceptos y la ambigüedad que está en el núcleo de la sexualidad.

Consideraciones previas sobre la sexualidad

El autor inicia su reflexión resaltando la osadía que representa indagar sobre este concepto, no solo por su carácter y por todas las construcciones sociales que lo rodean, sino también porque su abordaje será, como de costumbre, poco ortodoxo, dejando de lado las pretensiones científicas y de objetividad que podrían llevar a más confusiones. Así pues, afirma que su tarea “consiste en representar el nacimiento de lo lógico surgiendo de la vida corporal” (Von Weizsacker, p.p. 238). De entrada, la labor tendrá que ver con la experiencia de la sexualidad y no tanto con las reflexiones meramente teóricas que puedan estar de fondo. Más adelante dirá que, si bien es posible confundir este método con uno fenomenológico, es más preciso denominarlo antropológico, pues es esta última manera de acercarse la que permite comprender mejor la transformación de los conceptos fundamentales que están en la base del estudio sobre la sexualidad. Este es uno de los primeros puntos en los que se pueden empezar a trazar la diferencia con el psicoanálisis, pues expresa una desconfianza a la sustancialización de las pulsiones, sospecha que ya ha

expresado previamente en su enciclopedia, y que no permitiría acercarse al carácter dinámico de los conceptos trabajados.

Teniendo en cuenta estas consideraciones metodológicas, el primer gran punto que aborda el autor es el de la disociación de la sexualidad. En un primer momento se considera la disociación como patológica, puesto que esta se da entre el hombre de cultura y la sexualidad como si fueran separados, es decir, desde el mismo abordaje que hacemos de la sexualidad habría un aspecto patológico debido a que no se entiende esta desde las perspectivas culturales que la acompañan sino desde una presunción de una pulsión sexual excluyente. Sin embargo, el autor afirma que esta afirmación representa el mismo error, ya que tendría que asumir el carácter disociado de la sexualidad a pesar de ser esto mismo lo que se busca demostrar, por lo que inicia indagando experiencias en las que se puede ver esta característica. Así pues, muestra cómo en el mismo acto sexual puede existir una disociación no patológica en la que las partes se separan de la totalidad, y no solo hay una atracción sexual entre dos personas, sino también entre los órganos que la componen, en una suerte de independencia que deriva en un ocultamiento entre las partes y de estas con la totalidad (Cfr. Von Weizsacker, p.p. 239)

Por otro lado, existe también una ruptura en la continuidad del acto sexual, pues si bien pueden rastrearse tres momentos que tendrían como culmen el orgasmo, este mismo representa un quiebre tal que haría desvanecer los tres estadios anteriores. De nuevo se ve un tono misterioso en lo concerniente al acto sexual, ahora expresado en el orgasmo que tiene un carácter inaccesible que le es propio, y que, si bien es posible delimitar unas fases preliminares de atracción, inclinación y consumación, en el orgasmo se diluyen de tal manera que siempre estará acompañado de este ocultamiento característico de la sexualidad. Se pone en relieve un aspecto que se había insinuado previamente y es que debido a las pretensiones investigativas de Von Weizsacker tendrá especial interés en el análisis del acto sexual y no de la sexualidad como un concepto abstracto, pues es en este momento en donde el cuerpo juega un papel fundamental en el conocimiento, y la experiencia se hace más visible.

Otra de las disociaciones importantes que mostrará el autor a lo largo de su delimitación conceptual es entre la sexualidad y el amor. Recordemos que para Von Weizsacker este fue uno de los mayores triunfos de Freud, y logró abordar un tema que no solo no había sido trabajado a profundidad, sino que estaba rodeado de tabú y reproche. Por esto mismo, en esta escisión yacía las valoraciones morales hechas, en las que el separar amor y sexualidad sería enfermizo, recayendo en lo sexual el mayor peso de culpa. Así pues, el autor afirma que, si bien esta división puede traer una degradación de la vida amorosa, no es posible pretender unificarlas constantemente, puesto que eso llevaría inevitablemente al fracaso (Cfr. Von Weizsacker, p.p. 239).

El autor hace otras dos consideraciones importantes antes de profundizar en lo que podría llamarse su teoría de la sexualidad. En primer lugar, resalta algo que ya se había

entre mostrado anteriormente, y es el papel del ocultamiento en lo sexual. Von Weizsacker muestra cómo hay una tensión entre ocultar y mostrar que se ve materializada en el pudor sexual, y es precisamente en la división entre erotismo y sexualidad que se plasma claramente ese “entrelazamiento entre mostrar y ocultar” (Von Weizsacker, p.p. 240). El juego de la seducción tendrá un papel fundamental en la comprensión de esta tensión, que también se verá en dinámicas amorosas en las que uno de los dos polos se solapa en el otro.

En segundo lugar, se llega a otra conclusión que también estaba entredicha previamente, y es como “con la modificación del conocimiento también se modifica la vivencia anímica” (Von Weizsacker, p.p. 240). La sexualidad es un proceso biológico determinado psíquica y culturalmente, por lo que los avances, descubrimientos o reflexiones hechos sobre este concepto tienen incidencia en la vivencia sexual. Se añade aquí una nueva arista a la relación entre saber y sexualidad: si bien se sigue considerando que es posible que el conocimiento pueda surgir del impulso sexual, ahora se añade que aquello que se conoce sobre este tiene incidencia sobre la forma en la que se vive la sexualidad. Se genera una especie de retroalimentación en la que la experiencia de la vida sexual es una de las únicas formas en las que podemos conocer sobre la sexualidad, en la vivencia individual es que surge el conocimiento sobre lo sexual, pero también este mismo conocimiento deriva en nuevas formas de experimentarla, a nuevas acciones. Ejemplo de ello es la comparación con el estudio de la histeria, en el cual se pretende buscar los antecedentes históricos que derivaron en esa enfermedad con génesis sexual, mientras que en este caso se buscaría indagar es por formas de conocimiento particulares y cómo esta puede dar cuenta de la vida sexual de las personas que están detrás. Igual sucede con la atracción de los órganos, que gracias a las diversas vivencias sexuales se ha constituido como un campo de interés investigativo, y que los nuevos descubrimientos que se hagan en este tema llevarán a nuevas formas, conscientes e inconscientes, de vivir la sexualidad.

Hallazgos sobre la sexualidad

Ahora bien, teniendo en cuenta estas consideraciones sobre la naturaleza y la forma en la que se indagará sobre la sexualidad, el autor entra en materia y propone tres hallazgos principales sobre la sexualidad. En primer lugar, se habla de una estructura polar o ambivalente de la sexualidad, en la que está en juego un fluir entre el rechazo y la atracción. En el núcleo de lo sexual hay un antagonismo innegable que no puede ser tachado como algo patológico, puesto que un intento de supresión traería también consecuencias indeseables. Este carácter ambivalente se expresará en varios aspectos de lo sexual, siendo el principal la diferencia entre lo masculino y lo femenino, aspecto que no solo trae contraposición entre individuos, sino también dentro de cada uno. Si bien este antagonismo entre masculino y femenino ya ha sido expresado por psicoanalistas como Lacan, en este caso no solo se trataría en una contraposición de la sexualidad entre los géneros, sino incluso en las mismas dinámicas internas de cada uno de estos.

En segundo lugar, Von Weizsacker afirma que solo existe una forma de sexualidad. Esto se puede ver en el planteamiento freudiano del niño como “perverso polimorfo” ya que no tiene ninguna preferencia sexual particular, mostrando como origen de la homosexualidad la fijación en una etapa temprana del desarrollo sexual. Aunque el autor muestra que hablar de polimorfo no tiene sentido al haber solo una forma, en el fondo lo que quiere expresar es que la libido surge en un principio como única y posteriormente, a partir de cada objeto, se convertirán en algo con un matiz diferente.

En tercer lugar, se habla, de nuevo, de la disociación de la sexualidad, pero vista ahora desde una perspectiva particularmente clínica. Así, es a partir del fenómeno clínico de la hipersexualización que el autor puede afirmar que hay un quiebre de la armonía entre eros y sexualidad, en el cual se da prioridad a la sexualidad en detrimento del amor. Igualmente, esto traería implicaciones terapéuticas, pues no se trata de unificar los instintos (misión no solo difícil sino además infructuosa), sino buscar una mejor armonía de estas dos tendencias. Este tercer hallazgo se presenta desde la perspectiva clínica pues representa una forma patológica de la sexualidad, mientras que las dos primeras serían maneras “normales” de esta.

Frente al punto de la diferencia sexual, el autor hace especial énfasis en su dificultad. No solo se trata de un misterio que se expresa incluso en el lenguaje, sino que además ha sido una cuestión que la misma investigación científica ha reconocido como una aporía. Se entiende desde la misma concepción experiencial (que tiene como eje el cuerpo) esta dificultad, puesto que resulta complejo una vivencia de lo otro que está separado por un abismo. En este punto el autor resalta tres conceptos para entender esta diferencia: la anatomía, el poder de otorgar felicidad o infelicidad y la interrelación que se da entre ambos sexos a través de la procreación.

A partir de estos hallazgos el autor marca dos puntos de separación claves con el psicoanálisis. El primero se trata de que la libido no es una pulsión unilateral, sino polar, en la que en esta misma se pueden encontrar de manera dialéctica los opuestos. En segundo lugar, y tal vez una de las más importantes, es el papel que cumple el objeto con la pulsión sexual. No se trata como en el psicoanálisis de que una misma pulsión se ve abocada a un objeto y luego puede desprenderse y “estrellarse” con otro objeto sin que sufra modificación alguna, sino que con cada objeto la pulsión se ve transformada en algo. En este sentido, la libido va hacia un objeto particular, pero este no es un mero receptor, sino que cumple un rol más activo en cuanto a que ayuda a determinar si esta pulsión será sexual, social, política etc. Así mismo, este objeto se verá sexualizado, en cuanto que dependiendo del carácter de la pulsión tomará una u otra ruta, adoptando un carácter o femenino o masculino.

El autor resalta entonces tres formas de relación de la pulsión libidinal con distintos objetos, y su relación con la ambivalencia ya planteada. Una primera forma tiene que ver con el momento culminante del acto sexual, pues en este se pone en juego el tema de “lo

único y lo eternamente recurrente” (Cfr. Von Weizsacker, p.p. 246) pues se muestra como el orgasmo puede ser un momento culminante, pero si entendemos este como una forma de identificación en el acto sexual, existirían otras formas (si se quieren no sexuales) en el que se pueden dar. Esto deriva a la segunda forma, que vuelve a la separación entre erotismo y sexualidad. En la culminación sexual se sumerge en su naturaleza corporal, sin que esto tenga necesariamente implicaciones emocionales. Al perderse en esta experiencia extática puede hacerse evidente con mayor claridad el abismo entre lo amoroso y lo sexual, pues uno puede verse ocultado por el otro. Así mismo, en tercer lugar, se observa la experiencia del enamoramiento, en el que se puede perder el principio de realidad y pone en relieve las tensiones con la sexualidad, pues puede desencadenar en conflicto o alianza.

Esto resulta importante en cuanto permite resaltar de nuevo esta ambivalencia original, y cómo la sexualidad puede desencadenar en la desexualización, así como también puede plasmarse en la prohibición y legalización si esta tiene como fin un objeto social. En otras palabras, esta aparente contradicción dentro de la sexualidad que toma múltiples vertientes no se da como una desviación de esta, como algo patológico, sino constituye su naturaleza misma, por lo que el conflicto, la atracción y el rechazo y las formas desexualizadas de esta hacen parte de este devenir de la pulsión sexual. Se complejiza así la concepción psicoanalítica de lo que es una pulsión, pues no se trataría de una sola fuerza vectorial, unidireccional y única, sino que serían un compendio de fuerzas que luchan entre sí y que, de manera dialéctica, logran tomar un rumbo particular según el objeto al que se lanzan.

Si bien esto implica el fin de la dicotomía entre patológico y normal, no es así con la lucha entre lo sano y lo enfermo. Ahora esta lucha hace parte de la sexualidad, y existirían formas distintas de concebir el triunfo de la salud o la enfermedad. En este sentido, lo que pone en relieve esta tensión es la dinámica interna de cada individuo, y cómo es la experiencia de cada uno la que determinará por cuál de estas dos vertientes se decantará la sexualidad. Es en el proceso particular que se puede afirmar que algo es sano o no, por lo que también es en cada historia individual en el que el termino curación toma uno u otro significado. Lo que en un individuo puede ser enfermedad, en otro puede ser una simple forma de sexualidad. La enfermedad toma un matiz histórico, en cuanto a un contexto social (pues las enfermedades surgen también en la interacción del individuo con la sociedad, esta última va construyendo nuevas formas de conformación sexual que generan malestar) y en cuanto la historia del individuo. Como lo muestra el autor, “a esto se debe que la separación de la sexualidad a veces se considera una simple inhibición y otras veces una enfermedad. Una inhibición se puede suprimir, una enfermedad se debe eliminar” (Von Weizsacker, p.p. 248). La terapia consiste en eliminación de síntomas que impiden la enfermedad y lo que se conoce como perversiones tiene que ver con formas incompletas o cortadas de este movimiento de lo sexual. Así, Von Weizsacker llega a una conclusión contundente:

En la problemática de la sexualidad esto significa entonces que ya no tiene sentido afirmar que la sexualidad sea esto o aquello, sino que solo ingresando en la situación, en el trato con los hombres, tiene sentido aceptar ciertas decisiones que son consideradas irreversibles, pero que en lo demás habrá que participar del riesgo de la indecisión. La sexualidad es aquello que se hace de ella, y ninguna otra cosa. (Von Weizsacker, p.p. 248)

El ocultamiento y la ambigüedad

Ahora bien, Von Weizsacker introduce dos nuevos temas de interés en esta nueva teoría que está proponiendo: el orgasmo y el hijo. Estos temas resultan particularmente importantes ya que “no se los experimentan a través del habla sino de la experiencia” (Von Weizsacker, p.p. 248), por lo que resulta oportuno su abordaje a partir de esta nueva concepción de la sexualidad.

La primera acotación que hace el autor frente al orgasmo es la forma particular en la que se vivencia, puesto que, si bien ocurre de manera bastante subjetiva, también representa una pérdida del sujeto. Se trata pues de una experiencia en la que el yo se diluye, y en la que resulta difícil (sino imposible) la verbalización. Por esto se afirma que no es del todo seguro que al hablar de la sexualidad se esté incluyendo este fenómeno, puesto que se pueden describir todos los eventos que lo acompañan, pero no el mismo momento orgásmico. Este fenómeno es extático, es decir, es un momento en el que el sujeto se encuentra fuera de sí. Por lo anterior podría ser válida la comparación con la experiencia estética, en la cual el individuo tiene un goce particular que se le dificulta poner en palabras, y debe recurrir siempre al simbolismo o a la metáfora para poder expresarse como testigo del evento ocurrido, pero siempre quedando vedado algo de la experiencia subjetiva que estaba detrás.

Un fenómeno similar pasa con la experiencia del hijo, en el que además sucede un fenómeno extra: existe un ocultamiento del hecho de la procreación en el momento del orgasmo. En dicho clímax sexual no existe ninguna consideración de la posibilidad de procreación, pero no solo esto, sino que además el conocimiento sobre todos los procesos reproductivos no afecta este ocultamiento mutuo que se da en estos dos fenómenos. Este proceso de ocultamiento mutuo tiene dos consecuencias. En primer lugar, estos fenómenos hacen patente una disolución de la contraposición entre sujeto y objeto ya que estos hechos pueden ser considerados desde una perspectiva objetiva como subjetiva. igualmente, la multiplicidad de paradojas y alteraciones que pueden surgir hacen imposible de hablar de una sexualidad unificada, pues siempre es necesario el componente del “trato” para intentar ahondar en su comprensión. De lo anterior deriva la segunda consecuencia, y es la imposibilidad de elaborar una teoría del orgasmo y del hijo, puesto que su mutuo ocultamiento no permitiría su profundización.

Este ocultamiento vuelve a traer un aspecto ya abordado en la sexualidad, a saber, la diferencia entre lo masculino y lo femenino. Ahora se puede observar gracias a la vivencia del orgasmo y el hijo la incompatibilidad de la experiencia entre ambos polos, y solo se pueden llegar a algunas conclusiones a partir de lo que lo rodea. Von Weizsacker muestra que aquello que acompaña el acto erótico en lo masculino y lo femenino es el papel activo o pasivo que asume cada uno de estos. Esta idea no resulta del todo novedosa, Foucault en el segundo volumen de la *Historia de la sexualidad* muestra como tal concepción se encuentra presente en la dietética de los placeres elaborada por los griegos. En este texto, el autor francés pone en relieve que existe un esquema eyaculatorio que “sirve para descifrar las relaciones entre función masculina y función femenina en términos de enfrentamiento y de justa, pero también de dominación y de control del uno por el otro” (Foucault, p.p.81). Esta resulta una consecuencia fundamental del pensamiento de Von Weizsacker, porque como se había expresado previamente, existen distintas maneras de entender la experiencia de la sexualidad, incluso cuando esta energía libidinal se avoca a un objeto no sexual. Por esto es por lo que se puede hablar de política femenina o masculina, según como se de esta misma organización de tensiones y poderes.

Esta relación entre ambos sexos marca la forma en la que el autor entiende la sexualidad. El núcleo de la pulsión está constituido por ambivalencia y ocultamiento mutuo entre los polos. Por ello para hablar sobre la sexualidad se debe abordar desde este ocultamiento, que invita a la traducción desde el símbolo, ya que no es posible acceder al “núcleo desnudo” de la cosa en sí. Pero esta traducción debe siempre considerar la ambigüedad que va a estar detrás de la experiencia sexual. Von Weizsacker afirma que:

El lenguaje es flexible, grafico, y por ello se presta para el símbolo, pero también para la ambigüedad. Su papel de transformación y su rol artístico se hace evidente cuando pensamos que somos capaces de expresar con las mismas palabras lo cotidiano, lo científico, el sueño y el cuento, la fantasía y la poesía. (Von Weizsacker, p.p. 252)

Esta cita muestra que la palabra no es siempre clara, erra constantemente en su pretensión de expresar de manera cristalina la naturaleza de la sexualidad. Así mismo, la concepción de los fenómenos sexuales varía desde la perspectiva que se vea. Como lo muestra el autor, el narcisismo puede ser patológico visto desde lo científico, pero visto desde lo religioso es un fenómeno normal. Se ha separado el conocimiento sobre la sexualidad entre lo normal y patológico, siendo distintas disciplinas las encargadas de su representación, generando aún mayores incompatibilidades en la construcción de lo que es la sexualidad.

Conclusión

A lo largo de las reflexiones hechas sobre la sexualidad, Von Weizsacker logró apropiarse de manera particular de un concepto bastante controvertido del psicoanálisis,

pero que resulta pilar en su teoría sobre la sexualidad, la pulsión sexual, incluso al punto que este concepto le resulta problemático para definir del todo las cualidades de la sexualidad. A partir de esto, logró guiar su discusión sobre cómo puede conformar una teoría de la sexualidad, una que haga justicia a este fenómeno y que no tenga pretensiones meramente objetivas, sino que logre plasmar su carácter dinámico y complejo. Finalizando su texto hace patente estas distinciones al remarcar la diferencia que existe entre el amor y la sexualidad.

El autor quiso superar la visión clásica en la que hay una unidad entre la pulsión sexual y eros, que explica todos los fenómenos sexuales y no sexuales, y que su ambigüedad representa su expresión patológica. El autor ha tratado de mostrar que la ambigüedad es una de las características propias de lo sexual. Dúplas como atracción y rechazo, amor y odio, masculino y femenino, incluso valoraciones morales como bueno y malo, no representan dos contrarios de la sexualidad, uno del lado de lo normal y el otro de lo patológico, de lo extraño. Todas estas dicotomías se instalan en la naturaleza misma de la sexualidad, y no es posible entenderla si se toma partida por uno de los lados excluyendo al otro como algo no deseado, que busca borrar para conseguir una pretendida unidad que, como ya lo menciona el autor, puede traer solo más sufrimiento.

Fuera de su carácter ambiguo, el ocultamiento resulta fundamental para entender las dinámicas de la sexualidad, pues existe un juego en donde distintos fenómenos se solapan entre sí en la experiencia sexual, llevando a una lucha de tensiones y de fuerzas que otorgan el carácter propio de la sexualidad. De aquí se sigue no solo la dificultad en su estudio, sino también la incidencia que tienen las distintas formas de conocimiento de la sexualidad en la vivencia misma de lo sexual. Pero también resulta fundamental para entender el carácter difuso y evasivo de la sexualidad, y la diversidad de disciplinas que al poner sus ojos en el fenómeno sexual lo han transformado. La sexualidad varía vista desde la anatomía, la psicología, el arte, la ética o la religión, y cada arista de esta búsqueda ha construido distintos simbolismos que han ayudado a comprender y moldear cada vez más el fenómeno. Pero en últimas, el núcleo de la sexualidad permanece inaccesible, y sus misterios nos son develados únicamente por su vivencia subjetiva. La palabra o la imagen ayudan a rodear la experiencia de lo sexual y atisbar algunos de sus aspectos secundarios, pero es imposible llegar a la cosa en sí por medio de estos mecanismos, principalmente debido a que no solo el conocimiento es subjetivo, sino su construcción también: la sexualidad se va construyendo en su vivencia.

Por esto resulta interesante su comprensión para un autor que pretende poner en el núcleo del hombre lo patológico. En la sexualidad no están en juego lo normal y lo patológico como opuestos, pues la patología como anormalidad, como lo que se encuentra en los márgenes, haría parte de la misma naturaleza de lo sexual. A lo largo del texto el autor da varios ejemplos de cómo lo que se consideraba extraño, pecaminoso, anormal o incluso enfermizo resultaban ser producidos por el mismo ejercicio de la sexualidad, y no

por una desviación. Sin embargo, el problema de la enfermedad no desaparece. La lucha entre salud y enfermedad si se lleva a cabo, pero no en un sentido de lo que se ajusta o no al canon, sino desde una perspectiva de aquello que puede causar o no malestar a un sujeto. Al final del texto, Von Weizsacker muestra lo limitado del concepto de represión, no solo por las razones epistemológicas sobre el conocimiento de la sexualidad, sino porque precisamente su carácter constructivo se ve limitado. No solo por la represión sexual se crea cultura, es necesaria la transformación de esa pulsión sexual en algo más. Precisamente por esto es que para Von Weizsacker el objeto a la que se dirige la sexualidad la transforma en algo sexual o no, y es a través de este que se podrá crear nuevas cosas.

Bibliografía

Foucault, M. (2011). Historia de la sexualidad. Vol. 2: El uso de los placeres. Siglo XXI.

Von Weizsäcker, V. (2005). Patosofía. Libros del Zorzal.